

a manera de confesión, de lavaje espiritual, surge de aquellos versos: "No te cojas del brazo de ninguno. El dolor humano deja de ser augusto desde el momento que encuentra su consolador... La caridad es una virtud, pero desecharla, sincera y enérgicamente, es otra virtud más grande", para añadir que casi todas las amistades constituyen una esclavitud.

Frente al panorama desolado de la tierra, donde el milagro del bienestar, la felicidad y la fortuna son vanas quimeras, pues que sólo el hombre por su propio esfuerzo y condiciones del trabajo creador entrañan toda la realidad, Almafuerte es uno de los seres humanos que más han sufrido con singular estoicismo. Pertenece el poeta a la rara estirpe de los mortales que han padecido mucho, a aquellos seres que, en el anónimo, penan y luchan y también forman parte en el séquito de los que sufrirán mañana, porque el fenómeno de la vida como el de la muerte son dos accidentes casuales, encadenados por eslabones invisibles que atan a la humanidad y a nuestra naturaleza. El poeta quisiera engañarse, y consigue lograrlo a instantes, imaginándose un mundo de perfección donde "al débil hijo de la tierra tender, supieron fraternales brazos; en los fértiles surcos de la tierra; los fragantes pétalos del libro y hasta el humilde césped de los campos" como dijera el gran González Prada, pudiera el humano respirar "el culto a la belleza y la gracia, la aspiración a lo viril y sano, la augusta libertad de la conciencia, el infalible método del sabio", bienes eternos cual cumbres erguidas, como chispas de encendidos astros a la doliente humanidad legados, pero "siempre tuvieron, para el bien, los hombres memoria infiel y corazón ingrato". Y si ciertamente, nacemos "a la vida como imposible sueño realizado" y por ello hemos de contristarnos, gemir y llorar lágrimas de sangre por aquellos que mañana pueden sufrir, es en el presente, rodeados por las cosas comunes con las que convivimos, las que roban nuestros afanes y acreedoras a nuestra pasión, a nuestra emotividad.

Nuestro bardo, profeta del porvenir, cuyas estrofas adquieren contornos más voluminosos en el tiempo que pasa, se sucede y renueva, aunque para bien no siempre, lleva el amor en su pecho de anchurosa ternura. De su angustia sin medida, de sus azares tortuosos, contrariedades y reveses en la vida, nos hablan con profundo lirismo elocuente que le hicieron incrédulo, hurano y sentimental aquellos versos que respiran bondad, afecto y cariño singulares, perfectos como sólo el sentimiento poético de los más grandes aedas puede concebir, que parecen arrancados de la misma entraña de la existencia. En ellos se ha volcado con toda emoción, con su riqueza, que deposita en la balanza de todos los amantes, apasionados y llevados en el conjunto del corazón hirviente: "Quiero ser las dos niñas de tus ojos, las metálicas cuerdas de tu voz, el rubor de tu sien cuando meditas y el origen tenaz de tu rubor. Quiero ser esas manos invisibles que manejan por sí la Creación, y formar con tus sueños y los míos otro mundo mejor para los dos. Eres tú, Providencia de mi vida, mi sostén, mi refugio, mi caudal: cual si fueras mi madre yo te amo... ¡Y todavía más! Tengo celos del sol, porque te besa con sus labios de luz y de calor... ¡Del jazmín tropical y del jilguero que decoran y alegran tu balcón! Mando yo que ni el aire te sonría: ni los astros, ni el ave, ni la flor, ni la Fe, ni el Amor, ni la Esperanza, ni ninguno, ni nada más que yo. Eres tú, soberana de mis noches, mi

constante, perpetuo cavilar: ambiciono tu amor como la Gloria... ¡Y todavía más! Yo no quiero que alguno te consuele si me mata la fuerza de tu amor... Si me matan los besos insaciables, fervorosos, ardientes que te doy! Quiero yo que te invadan las tinieblas cuando ya para mí no salga sol. Quiero yo que defiendas mis despojos del más breve ritual profanador. Quiero yo que me llores y conjures sobre labios y frente y corazón. Quiero yo que sucumbas o enloquezcas... ¡Loca, sí, muerta, sí, te quiero yo! Mi querida, mi bien, mi soberana, mi refugio, mi sueño, mi caudal, mi laurel, mi ambición, mi santa madre... ¡Y todavía más!"

Resulta casi increíble concebir que tal poeta haya creado tanta belleza, y con emoción e intensidad tales que se vuelve autoritario hasta en el ruego. No obstante, pensemos que Almafuerte es un producto bravío de la pampa salvaje, domesticado por el tormento. De ahí su temple broncíneo, el torrente eruptivo de sus versos encabritados que barren con llamas devoradoras un suelo fecundo, propicio a todas las conquistas. Sus composiciones producen la sensación de encontrarse encarceladas, en una prisión cuyo paisaje constituye espanto y ruina, desigualdad y dolor, a las que estuvieran vedados por amurallados cotos la libertad del pájaro, de la diminuta hierbecilla, del viento y la lluvia, del sol y las estrellas. Y este mandato de fatalidad, pesadumbre incierta, pero que evidentemente le roe las entrañas y calcina sus huesos con cauterios infernales, le hacen revolverse en agonía lenta, en la desesperación. En medio de este tormento de muerte, quédale todavía una fibra sensible, la cuerda emotiva de su alma poética por esencia, para olvidarse, por sólo un instante, de cuanto le martiriza y así surge violento, huracanado hasta en el momento, en el instante en que piensa cuántos otros, que no vemos ni conocemos, que no conoceremos nunca, yacen entre las garras de un padecer que no termina nunca.

Ni en Rubén Darío, ni en Guerra Junqueiro concebiríamos la fogosidad con que Almafuerte, de un asunto tan común cual es el amor, ni tan íntimo y personal, que recorre la historia de la humanidad desde su nacimiento y siempre con la misma frescura e intensidad llega de generación en generación con su antorcha de triunfo como la única conquista de lo eterno, consigue imprimirle acentos tan firmes, decididamente violentos y no por ello menos sentimentales. Y es que Almafuerte es un genio, un visionario, un poeta del tiempo en el que el hombre es la única realidad y toda fortuna. Así como nosotros no podríamos suponernos la tierra asolada y desierta de seres, todos sus bienes carecerían de valor material, desde luego, y moral, figurándonos que únicamente los astros serían los llamados a apreciar sus bellezas, ante el afortunado milagro de la existencia, el poeta canta a la creación majestuosa, a la inmensidad del espacio, a todas las cosas que de nuestro suelo ubérrimo surgen, en la persona del hombre. Para él la figura humana es el todo, pues que nada hay que no transforme, que no modifique, amolde y cambie de lugar.

¡Qué notas sentimentales, no arrepentimiento, que sería común en otros poetas, no impone en sus versos! El vió el amor como una necesidad por el que la historia viene clamando a gritos y sollozos desde sus albores, en una incomprensión doblemente triste. Pero lo que nosotros podríamos entender como tal, no es en el poeta afecto libidinoso, carnívoro, choque de pasiones momentáneas que se ahogan

en el placer por un momento y resucita bestializado con todos sus morbosos atavismos. Como en Tolstoi, es toda cordialidad, cariño, afecto: la fusión de sentimientos; unión de almas elevada a la última potencia. Es entendimiento y comprensión, es poesía que trasciende del alma, a través de los ojos y la boca, es la confluencia de dos ríos, o muchos ríos caudalosos que se encuentran y siguen el cauce de sus remansos. Y después de haberle alzado en sus estrofas hasta rozar los astros, tócale a la humana grandeza del poeta dejarle abandonado en el espacio, en toda su pureza, con todo el fuego de alma apasionada, para ser mimado siempre, por el viento y la lluvia, como una antorcha florecida eternamente por el querer, para que no se apaguen las estrellas y hacer "de mi gloria una diadema; de mi mente, una túnica de grana; de laureles y aplausos una alfombra; de mi pecho y mi sangre una muralla! Porque yo tengo virtud en mi alma para llenar de admiración los siglos si una mirada tuya me lo manda".

¡Cuánta desilusión y contrariedades tantas han debido martirizar al asceta abandonado, cuya vida íntima sin ser un misterio, le había hecho misántropo. El anecdotario almafuerteano es copioso y chispeante. En él refléjase, en toda su dureza, el carácter adusto y avinagrado, mas no por eso dúctil, maleable, sino tajante y en cierto modo, virulento. El trato con personas encumbradas, pero vacías de sentimientos, inspirábanle no oculta repugnancia. Los personajes relumbrantes, flexibles al aplauso y a los grandes acontecimientos, enardecíanle al extremo de producirle asco, porque entendía que no puede prestársele un servicio a la humanidad de que uno forma parte, pasándole factura por honorarios. El poeta es el porvenir inmediato que troca en realidad el futuro a través del pensamiento, del sentimiento, dones no a todos los seres comunes. Su misión reside en cumplir con su deber en el concierto de los habitantes del mundo, llenar su objetivo, es decir, ocupar su lugar de hombre entre el conglomerado universal. La naturaleza le ha impreso esta grande condición que recibe de los dioses cuyas palabras entendemos solamente por boca de los poetas. Hacer poesía es poseer el secreto de las cosas vivientes, recibir como en confesión, su mensaje, que trasmite desde la tormenta centelleante que retumba en el firmamento y a veces parece hacerle pedazos, hasta la débil brizna que la brisa lleva en sus alas suavemente; desde el dolor de la madre que cada día muere un poco más e impregna al hijo de sus entrañas el vigor con que desea concebirlo y el cariño que pondrá en cuidarle y librarle de las asechanzas de la vida, soldándolo a su corazón después de haberle cerrado el paso con cien murallas a las adversidades que pudieran lastimarle, hasta el triunfo y la derrota, sinónimos como la vida y la muerte. Ser poeta equivale a ser humano, identificándose con la inmensidad del dolor de los seres y las cosas; interpretar su majestuosidad y alegrías y dar a cada cual, en lugar y momento, con justicia, el premio de la virtud.

De ahí que cuando Leopoldo Lugones regresaba a la capital bonaerense, en brazos de la gloria, luego de un viaje por naciones americanas e hipaba, emocionado, ante las demostraciones populares que se le hicieron, Almafuerte, arrinconado y olvidado de todos, al ruido de tanta farándula, exclamara sin jactancia: "todo eso pasa, sin dejar rastro apenas, y Almafuerte quedará" porque aunque "viejo, carcomido, lamentable, como un roble centenario", era un hombre que servía para algo,